

—Desgraciada Laura—dijo D<sup>a</sup> Eugenia cayendo desplomada en un sitial.—Se lo habia yo pronosticado.

D. Fernando acudió al socorro de su esposa, que parecia próxima é desmayarse, y Benavides, como espantado de la revelacion que acababa de hacer, salió precipitadamente.

Daban en este momento las tres de la mañana.

.....

El padre Nitardo, delante de la mesa, abria las cartas que le habian quitado al preso, y daba cuenta á S. M.

## X.

De lo que pasaba á las seis de la mañana.

**D**ON José de Mallades, pues que ya sabemos que habia sido el preso, fué con el mismo sijilo trasladado de las prisiones de la inquisicion á un oscuro calabozo de la cárcel real.

Mallades comprendia que habia sido denunciado y que los papeles que le habian arrebatado lo comprometian en gran manera; pero muy lejos estaba de creer la suerte que le aguardaba.

D. José tenia confianza en la proteccion y amistad que le dispensaba el príncipe D. Juan de Austria.

El príncipe tenia enemigos terribles en la corte, la reina le queria mal, pero el señor D. Juan de Austria era un señor muy poderoso, capaz de hacer temblar á la corte con uno solo de sus movimientos, y Mallades sentia proyectarse en su misma prision la sombra augusta de su protector.

Esperaba que al dia siguiente sus amigos tuvieran noticia de lo que le habia acontecido, que escribirian al príncipe y que éste muy pronto lo haria poner en libertad.

Ah! y cómo pensaba reir á costa del padre Nitardo, cuando estuviera libre!

Mallades estaba entregado á estos alegres pensamientos cuando oyó que corrian los fuertes cerrojos de su calabozo.

Se abrió la puerta, y Mallades se sintió conmovido. A la rojiza luz del farol del carcelero, y á la pálida claridad de la mañana que penetraba por una claraboya, le pareció distinguir á un sacerdote.

Quiso calmar su ánimo él mismo, y pensó:

—Será otro preso; tendré compañía al menos.

—D. José de Mallades—dijo el carcelero.

—¿Qué se ofrece?—contestó desdeñosamente D. José.

—Dentro de una hora, se os dará garrote; aquí teneis á este reverendo padre para arreglar vuestros asuntos con Dios.

Un rayo que hubiera caido á los piés de D. José, le habria hecho quizá menos efecto que aquella sentencia de muerte notificada de una manera tan brutal.

D. José era un valiente, y sin embargo, su vista se nubló, sintió que iba caer y se apoyó en el muro.

Pero muy pronto, el valor y la reflexion, dominaron la impresion del momento.

—Quizá—pensó—tratan de acobardarme.....

Y animado con esta idea, exclamó dirijiéndose al carcelero y mostrándole la puerta con ademan resuelto.

—Está bien, sal de aquí.

El carcelero obedeció, y D. José quedó solo con el sacerdote.

Los dos se miraron largo rato, y ninguno se atrevia á romper el silencio hasta que Mallades haciendo un esfuerzo exclamó:

—Padre, ¿creeis que verdaderamente voy á morir?

—Lo creo, contestó el padre, lo creo, y como cristiano os ruego que os dispongais santamente para tan tremendo viaje.

D. José volvió á palidecer; la seguridad con que le hablabá aquel sacerdote, disipaba sus ilusiones: comenzó entonces á creer que realmente iba á morir.

La prediccion del astrólogo resonó en sus oidos de una manera distinta, como si la estuviese escuchando en aquel momento.

Todas sus ideas parecian detenerse ante aquella palabra espantosa que miraba como escrita siempre delante de sus ojos y en todas partes: "Muerte."

El carcelero no estaba ya allí, D. José se encontraba solo con el sacerdote, es decir, solo con su conciencia, solo con su mismo pensamiento, solo con Dios.

El sacerdote comprendió lo que estaba pasando en aquella alma atribulada y habló.

Su voz era dulce, vibrante de cariño, llena de uncion, como la voz de un enviado, de un ministro del señor.

—Tened resignacion—dijo—el trance por el que vais á pasar, es amargo, es cruel; pero meditad que todos los mortales tienen que pasarle; os parecerá muy cercano; ¿qué son dos años, diez, mil, para ese infinito que se llama la eternidad? os parecerá que habeis entrado apenas á ese otro mundo cuando ya nos vereis á vuestro lado, no solo á nosotros, sino á cien jeneraciones que se alzarán y morirán despues que nosotros?

—Pero, padre, padre, morir así tan jóven, y en el garrote.... no.... si no lo puedo creer.... Dios mio ¿pues cómo es posible?..... ¿dentro de dos horas ya no seré

yo.....? ya seré un muerto.... ya me verán así como cadáver.... y yo no oiré, no sentiré.... no seré yo.... ¿pues qué seré?.... y luego para siempre.... Padre.... tengo pavor.... tengo miedo de morirme....

—Teneis miedo de morir, porque no pensais mas que en ese monton de cieno y de miseria que se llama la carne, que se llama el cuerpo; teneis miedo á la muerte, porque no comprendéis vuestra alma misma que no muere, que es inmortal, vuestra alma cristiana que rejenerada puede volver al cielo; por eso temeis, por eso el pavor os sobrecoje.... Dejad esas siniestras preocupaciones y vuestro espíritu se agitará gozoso pronto á romper la cadena que lo liga á este mundo, los ánjeles os tenderán sus brazos, las puertas de la eterna Jerusalem se abrirán para recibiros; purificad en el sacramento vuestro espíritu, aceptad con alegría la palma del martirio, y como la mariposa que rompe su capullo para tender sus alas al sol, vuestra alma saldrá de vuestro cuerpo. Feliz vos, jóven, que vais á morir, la muerte tiene la dulzura del sueño y del eterno descanso: abiertas os serán las puertas del cielo, llegad; Dios os llama y os habla por mi boca, la eterna felicidad os espera, sabed conquistarla.

D. José escuchaba enternecido las palabras de aquel anciano; su corazon sentia el valor, y su cerebro se iluminaba con una luz nueva, hermosa y desconocida; aquellas sencillas palabras, pero que habian sido pronunciadas con tanta fé, habian hecho nacer la fé en aquella alma que pocos momentos antes se estremecia en la duda.

La fé es como la luz, no se esplica, se vé, se siente, se comunica.

El orador mas elocuente, no convence sin fé con todos

sus bellos discursos como una sola de las palabras de un verdadero creyente.

La fé es la elocuencia de las almas que no necesita expresarse con la palabra, irradia del espíritu al través del mundo material.

¿Con la fé se puede mudar el asiento de una montaña? esto no es mucho: con la fé se puede llegar hasta el trono de Dios, ó sentir á Dios junto al lecho del mísero y espirante mortal.

Mallades tuvo fé, miró á Dios, y enteramente resignado cayó de rodillas á los piés del sacerdote.....

Cerca de una hora aquellas dos almas estuvieron confundidas en el seno de la relijion.

El hombre depositaba en el corazon del sacerdote el secreto de sus culpas y el dolor de sus extravíos.

El sacerdote, en nombre de Dios, purificaba el corazon del que iba á morir para que llegase limpio á la mansion de los justos.

Las lágrimas del arrepentimiento caian sobre las rodillas del confesor.

El llanto de la caridad sobre la cabeza del penitente.

Se escuchó rumor á la puerta, sonaron las seis de la mañana y D. José de Mallades se estremeció. La puerta se abrió y penetraron por ella carceleros y verdugos llevando la siniestra silla que debia servir para el suplicio.

D. José se levantó horriblemente pálido, pero sereno y se sentó en la silla.

—No olvideis mis encargos—dijo al sacerdote.

—No, morid tranquilo—contestó el padre.

Los verdugos pasaron una cuerda alrededor del cuello de D. José, que al sentirla tembló, exclamando:

—Cuerpo, ¿por qué tiemblos?

Con el silencio mas pavoroso los verdugos hicieron sus preparativos.

El sacerdote entregó á D. José un crucifijo, que el desgraciado jóven llevó á sus labios con devocion.

Derepente se oyó crujir algo, y una espantosa convulsion ajitó á D. José.

—Jesus te acompañe— gritó el sacerdote....

Todo habia terminado, y el gallardo D. José de Mallades, no era ya sino un cadáver.

El sacerdote recojió el crucifijo que aun tenia entre sus manos y le cerró los ojos, y le quitó una cadena con un relicario que tenia en el cuello.....

Aquella noche ni la reina, ni el padre Nitardo, ni D. Fernando de Valenzuela, ni su esposa habian dormido.

D. Fernando y D<sup>a</sup> Eujenia habian esperado en la antecámara, sin atreverse siquiera á hablar, tanto terror les habia causado la noticia que les habia comunicado Benavides.

La reina y su confesor habian leído todos los papeles recojidos á D. José de Mallades.

Al separarse el padre Nitardo, S. M. habia dicho:

—No me arrepiento de la órden.

Era la última esperanza desvanecida, en la suerte del infortunado D. José.

D. Fernando y D<sup>a</sup> Eujenia se acercaron á un balcon para ver la salida del sol.

La luz de aquella aurora estaba triste como su corazon: D<sup>a</sup> Eujenia de cuando en cuando lloraba. Valenzuela respetaba su dolor, y callaba

—No pareceis recien casados—esclamó detras de ellos una voz dulce y sonora.

D<sup>a</sup> Eujenia se volvió asombrada, y vió á D<sup>a</sup> Laura, que con una fisonomía alegre los contemplaba.

—Infeliz—pensó D<sup>a</sup> Eujenia—no sabe cuán grande es su desventura.

—Tan temprano en pié?—dijo D. Fernando á Laura procurando disimular.

—Sí, hoy entro de servicio, pero además de eso, no sé lo que he tenido; apenas he podido dormir, he estado tan inquieta que me ha sido preciso levantarme, no sabia qué hacer, y no ha sido poca mi fortuna en encontraros á los dos: ¿y vosotros qué haceis aquí tan de mañana? estais enferma, D<sup>a</sup> Eujenia?

—No, por qué.

—Os veo pálida, y aun llorosa ¿os ha reñido ya D. Fernando? yo se lo contaré hoy á D. José, que os riñe, él que tanto os quiere y os defiende.

D. Fernando iba á contestar, pero sintió que se le anudaba la garganta.

En este momento, sonaron las seis.

—Una.... dijo con espanto D<sup>a</sup> Eujenia contando las campanadas.... dos.... tres.....

D<sup>a</sup> Laura la miraba sin saber lo que aquello significaba; tenia miedo porque creia que su amiga se volvia loca..

—Cuatro.... continuó D<sup>a</sup> Eujenia.... cinco.... ¡seis! ¡ay!

—¿Qué os sucede?—preguntó D<sup>a</sup> Laura espantada al oir

su grito y al ver su densa palidez, y el temblor de su cuerpo.

—De rodillas, D<sup>a</sup> Laura; de rodillas—gritó D<sup>a</sup> Eujenia arrodillándose—Dios descarga en este momento su mano sobre vuestra cabeza . . . . .

—¡Pues qué hay!

—Que en este momento quedais viuda—esclamó D<sup>a</sup> Eujenia fuera de sí y sin comprender lo que hacia.

—¡Jesucristo!—gritó D<sup>a</sup> Laura, y cayó desmayada.

—¿Qué has hecho?—dijo Valenzuela apresurándose á so correr á D<sup>a</sup> Laura.

Pero D<sup>a</sup> Eujenia no le escuchaba porque habia apoyado su frente contra las rejas del balcon, y se habia desvanecido tambien.

En aquellos momentos espiraba D. José de Mallades.

## XI.

Como supo el Sr. D. Juan de Austria, la muerte de su amigo D. José de Mallades, y lo que hizo entonces.

**D**OÑA Laura fué conducida á su aposento por D. Fernando y D<sup>a</sup> Eujenia, la desgraciada jóven estaba en una situacion verdaderamente alarmante.

En los primeros momentos, lloró, gritó y parecia que iba á volverse loca.

En vano fué que Valenzuela y su esposa trataran de calmarla: aquel dolor no tenia consuelo.

Pero poco á poco fué serenándose, su llanto dejó de correr y entró en un silencio sombrío, mas terrible aun que los anteriores estremos.

Se le hizo creer á la reina y á la corte que habia amanecido enferma, y al principio, como aun no se habia esparcido la noticia de la muerte de D. José de Mallades, nadie hizo alto en aquella enfermedad repentina.

Cerca del medio dia, un sacerdote entró en palacio, se dirigió á las habitaciones de las damas, y solicitó ver á D<sup>a</sup> Laura.